

INICIOS TEOLÓGICOS E INTELECTUALES
DE BLANCO WHITE
1775-1800

Por JUAN GUILLÉN TORRALBA

El ambiente clerical en que se desarrollaron los estudios de Blanco en Sevilla era extremadamente curioso e interesante. La reforma de Olavide había hecho mella en la ciudad y en su entorno. Su carácter innovador había calado en parte de la clerecía, mientras que otra, con la Inquisición al frente, hizo todo lo posible para acabar con su figura y su obra. Tras la expulsión de los jesuitas y mientras muchos otros religiosos abandonaban la enseñanza en la universidad, fueron no pocos clérigos seculares los que se comprometieron en la nueva línea de la enseñanza científica. En un primer momento, fueron prácticamente canónigos y otros sacerdotes diocesanos quienes ocuparon las cátedras. Cuando en 1771 se trasladó la universidad a la que había sido casa profesa de los jesuitas en la calle Laraña, el claustro de doctores y maestros eligió como primer rector al tesorero de la catedral don Pedro Manuel de Céspedes.

A pesar de las acusaciones en estos años, Sevilla disfrutó de un gran prelado. En 1783 retornó a Sevilla como arzobispo don Alonso Marcos Llanes y Argüelles, que había sido canónigo doctoral veinte años antes, de 1765 a 1774, y era entonces obispo de Segovia. Hombre ilustrado, se interesó por la elevación del nivel cultural y espiritual del clero, abrió al público la Biblioteca del arzobispado, a la que dotó generosamente. También protegió a la Universidad hispalense y ésta le recompensó con las llamadas «cua-

tro borlas», algo así como el doctorado «honoris causa» en las facultades de Filosofía, Leyes, Cánones y Teología. Su talante abierto mereció que los estudiantes organizaran una representación teatral, cuando estaban prohibidas, en la que pusieron en escena *Zayda*, de Voltaire, nada menos. El prelado asistió y aplaudió la obra. Su sucesor, don Antonio Despuig y Dameto, apenas pisó la ciudad, preocupado como estaba por su promoción en el ámbito clerical.

Al socaire de los aires liberales que soplaban en Europa, brota en el ámbito de la ciudad un impulso innovador en el que descuellan algunos clérigos cuyo pensamiento y escritos van a influir en el ambiente literario y científico sevillano, que abocará a una verdadera revolución intelectual. Revisan las teorías y prácticas tradicionales, rechazan no pocos presupuestos y ponen en marcha una serie de reformas en el pensar y actuar, que conectaron con el movimiento que se conoció como ilustrado y que dio a este siglo el calificativo de *Siglo de las Luces*. Entre ellos hay que incluir a Blanco White, objeto de estas notas,

Perteneció éste a un ámbito rupturista que brotó heterogéneo en la ciudad, y que contó con clérigos de indiscutible renombre. En ellos y con ellos sopló en Sevilla un viento de libertad que removió los cimientos de una sociedad y de una iglesia anquilosada. Su influencia fue determinante en esta época. Recordemos a Félix José Reinoso, fundador de la Academia de Letras Humanas; Alberto Lista, nuestro Blanco White, Justino Matute, José M^a Roldán, Manuel María de Arjona. Acusados de afrancesados, perseguidos, desterrados muchos de ellos, sus escritos, su enseñanza universitaria, sus academias sentaron en Sevilla cátedra de modernismo, influyendo en los movimientos ideológicos que vendrían después. Con el retorno del Absolutismo, serán tachados de traidores e inficionados por el espíritu del Enciclopedismo y la Ilustración, perseguidos, postergados y con su nombre en la picota; todos denigrados, no pocos desterrados, el tiempo los ha colocado en el lugar que merecen.

Sin embargo, otros clérigos egregios del momento también influyeron en el ámbito cultural sevillano, aunque sin romper violentamente con la situación creada. Creo que en esta sala debo recordar a don Luis Germán y Ribón, fundador de esta Real Academia de Buenas Letras y doctor del claustro de teología de la

universidad de Sevilla, a no pocos de los cofundadores de la misma. A impulsos de don José Solano de Laredo se fundó la Sociedad Patriótica para el Fomento de la Industria Popular en 1775. Entre los cuarenta individuos fundadores figuran los canónigos don Pedro Manuel de Céspedes, don Ignacio Cevallos, don Marcelo Doye y Pelarte y don José González Tavera, todos clérigos pertenecientes al clero catedralicio. Compañero de éstos fue don Gaspar de Jovellanos, oidor de la Audiencia, cuyo nombre resuena en la historia de España.

José M^a Blanco White, nuestro interpelado, es una figura polémica a la par que interesante y contradictoria. Su amistad e interdependencia con Manuel M^a del Mármol, Alberto Lista, Félix José Reinoso y Manuel M^a Arjona fue explosiva. Desde sus primeros pasos en los estudios, en sus dudas tuvo a su lado a estos otros que también serían sacerdotes, y en ellos encontró resonancias de sus mismas vacilaciones. Por otra parte, conocemos las identidades de algunos de sus profesores, sacerdotes asimismo, cuyo prestigio nadie discute: don Nicolás Maestre y Tous de Monsalve, lectoral por oposición en 1803 y deán en 1836; Pedro Manuel Prieto, magistral de la catedral en 1797, fue rector de la Universidad y merece figurar en la Enciclopedia Espasa; tiene varias obras publicadas y en la biblioteca Capitular se han conservado numerosos manuscritos suyos. A pesar de todo, incluido el interés del arzobispo don Alonso Marcos Llanes, las ciencias eclesiásticas no acababan de conectar con los tiempos que corrían, de ahí que Blanco prefiriera la Historia eclesiástica, sobre todo en sus primeras etapas y viera con buenos ojos el paso de la escolástica a la teología positiva.

Aparte e independientemente, se fue revelando una lucha soterrada entre los llamados “clérigos patriotas” y los “afrancesados”. Los primeros tachaban a éstos de liberales y ajenos a los sentimientos nacionales, mientras que los afrancesados se enroocaban en ideas que todavía no habían arraigado en el pueblo. En uno y otro bando brillaron personajes de calidad, aunque conozcamos mejor a los afrancesados.

No sólo Blanco White se sintió fuera de lugar en este mundo, que se hacía cada día más mezquino; otros clérigos han dejado también testimonio de su actitud beligerante frente a actitudes que no les parecían adecuadas al momento.

Nuestro buen amigo Antonio Ríos Santos ha tenido el valor inmenso de bucear en este mundo, pequeño pero llenos de contradicciones en el que se desarrollaron los inicios teológicos de una persona que se vio obligado a ellos, carente de vocación. Al no tener eco en su interior la materia, difícilmente podría sentirse atraído a ella, sus juicios deberán ser matizados y sus conclusiones interpretadas a la luz de estos condicionantes. Ni por asomo creo que las ciencias teológicas se trataran debidamente, pero tampoco que todo tuviera un valor tan negativo como el que Blanco encuentra. Sin duda la escolástica que estudió estaba a mil años luz de la que inicialmente intentó organizar y explicar el pensamiento del Aquinate. De los libros que estudió sólo salva a una obra inmensa, que dio nombre a una asignatura, nombre que perduró hasta hace poco, el «De locis theologicis», la teología fundamental, a la que seguía entonces otros tres años de teología llamada especulativa.

La luz que proyecta la obra del doctor Ríos Santos es suficiente para orientarnos en este mundo cambiante, pero siempre en el contexto personal de un hombre que, desde su infancia, estuvo condicionado por la contradicción horrorosa de seguir una senda a la que no sentía llamado.